

LV

A la mañana siguiente, Osnovski fué á llamar á la puerta de la habitación de Polaniecki en Varsovia, y éste fué en persona á abrirle. Este, desde la tarde anterior, hallábase poseído de una viva inquietud, porque presumía que de un día al otro debía estallar la bomba en Pritulov, y ahora se devanaba inútilmente los sesos, tratando de adivinar la relación que todo eso pudiera tener con Zavilovski.

Al saludar á Osnovski, le estrechó con fuerza la mano, cual sólo en casos excepcionales de la vida se suele efectuar. Cuando Polaniecki le invitó á entrar en la pieza inmediata, Osnovski le preguntó si la señora Marina se hallaba en Bucinek.

—Sí,—contestó Polaniecki;—aquí estamos completamente solos.

Después que Osnovski hubo tomado asiento en un sillón, inclinó la cabeza y guardó silencio por unos instantes, respirando trabajosamente. Polaniscki tuvo unos instantes de paciencia, y luego, cediendo á su natural viveza, preguntó:

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido una gran desgracia,—contestó con aire triste Osnovski.—El casamiento de Zavilovski es ya imposible.

—¿Pero por qué?

—Hay de por medio tantas cosas desagradables, que sería preferible para Ignacio que éste no llegase jamás á conocer la verdad entera. Durante largo tiempo he estado vacilando sobre si debía callar, pero me es imposible. Quizás el coraje y la aver-

sión le harán sobrellevar su desventura. El casamiento es de todo punto irrealizable porque la señorita Castelli es indigna de ser la esposa de un hombre semejante.

Hizo aquí Osnovski una nueva pausa para tomar aliento. Polaniecki, que le había escuchado hasta entonces como atontado, volvió á preguntarle con impaciencia:

—Pero por Dios, dígame usted; ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido que las dos señoras han salido para el extranjero, hace tres días, con Kopovski, el novio de Lineta.

Polaniecki se levantó repentinamente de su asiento para volver á sentarse en seguida; miró por algunos momentos á Osnovski y luego, casi sin saber lo que decía, dijo:

¡Kopovski! ¿También está enamorada de él la señorita Castelli?

Osnovski estaba demasiado conmovido y excitado: á no ser así, de seguro se habría sorprendido de aquella imprudente exclamación.

—Desgraciadamente—contestó,—ya sabe usted que soy pariente de aquellas señoras, y por consiguiente comprenderá que las habría ocultado con mucho gusto sus defectos. Pero ¿de qué serviría ahora? Si la señorita Castelli fuese mi hermana, yo diría de ella lo mismo que voy á decir ahora. En cuanto á Zavilovski, probablemente no le volveré á ver, porque hoy mismo parto con mi mujer, y por otra parte le confieso á usted que no habría tenido valor suficiente para hablar directamente con él. Usted es su mejor amigo y tal vez sabrá atenuar el tremendo golpe que le amenaza. De todos modos

es menester que lo sepa todo, porque el único medio de salvación para él, es el horror que le producirá la indigna conducta de esta muchacha.

Aquí refirió á Polaniecki la escena que se había desarrollado en el invernadero y de la cual él había sido testigo invisible.

—En el primer momento perdí por completo la cabeza,—prosiguió.—Verdad es que no soy un hombre furioso, pero no sé qué me detuvo en aquel instante para que no le abofeteara; quizás fué la idea de que era mi huésped. Repito, pues, que había perdido la cabeza, y que me alejé. Pero inmediatamente después volví á donde ellos se hallaban y les obligué á seguirme. Estaba sumamente pálido, pero me apercibí de que era resuelto, le reproché su conducta incalificable y de haber abusado de la hospitalidad de personas honradas; dije que Lineta era una mujer indigna y que no tenía palabras de desprecio suficientemente enérgicas para ella, y añadí que desde aquel momento no debía considerarse ya como novia de Zavidovski. Por lo que me contestó, deduje que los dos se entendían ya desde hace tiempo, y que él estaba dispuesto á hacerla su mujer. Por lo que se refiere á Zavidovski, me dijo que no le debía ninguna consideración, y sobre todo que no creía tener deber alguno contraído con él; pero que de todos modos había estado siempre á su disposición. Lo que luego habrá ocurrido entre él, la tía y Lineta no se lo podría decir: lo único que sé es que la señora Bronicz me embistió furiosa, reprochándonos á mí y á Anetka por no haber permitido á Lineta que siguiera la voz de su corazón por haberle impuesto Zavidovski,

ki, á pesar de que no le amaba, añadiendo que la pobre niña había estado llorando día y noche por este casamiento que debía ser su infortunio, y que si por desgracia se hubiese realizado, le habría costado la vida. En definitiva, estuvo declamando una hora larga, y al fin resultó que éramos nosotros los culpables, y que las únicas personas que estaban sin mancha de pecado eran ella y su sobrina.

Osnovski se secó el sudor que inundaba su frente, y continuó:

—¡Ay, mi buen señor! He llegado á los treinta y cinco años sin saber lo que realmente era la estupidez irracional de las mujeres y su perversidad. Esta habilidad de invertirlo todo de cambiarlo todo en favor suyo, de hacer que parezca negro lo que es blanco, y blanco lo que es negro, es inconcebible... Con ese par de harpias, el pobre Ignacio habría pasado una vida desesperada... Pero ¡qué golpe tan tremendo será éste para un joven exaltado como él! ¡Y esa Lineta! ¡esa señorita que se cree llamada á tan elevados destinos!... Y eso después de las pocas semanas que hace que dió su palabra á Zavidovski. ¡Verdaderamente hay para volverse loco!

—¿Cuándo sucedió eso?—preguntó Polaniecki.

—Nos dejaron aquel mismo día, y hace tres que salieron para Scheveningen. Kopovski tenía ya despachado su pasaporte, y esto demuestra que hasta los tontos pueden ser previsores y astutos. ¿Acaso no nos ha hecho creer que hacía la corte á mi prima Estefania Ratkovski?

—¿Por qué no me ha enterado V. más pronto?

—¿Por qué?... Porque mi mujer se puso enferma.

Tuvo terribles ataques de nervios... No puede V. figurarse cuán á pecho ha tomado todo ese asqueroso enredo, y no es de estrañar. ¡Una mujer semejante!... Y haber tenido que suceder ese escándalo en su propia casa y ante sus mismos ojos, fué un golpe terrible para su delicadeza, por su honradez de sentimientos. Al principio he temido por su estado de salud, y aún hoy ruego á Dios para que aquella terrible sacudida de nervios no tenga graves consecuencias.

Polaniecki miró atentamente á su interlocutor, se retorció los bigotes, pero no despegó, los lábios, mientras Osnovski continuaba diciendo:

—Como es natural, hice llamar al médico. Afortunadamente para mí, hallábanse presentes Estefanía y la señora Masko, las cuales se ofrecieron tan cordialmente para atender á mi Anetka, que yo les quedaré agradecido por toda mi vida. La señora Masko pasa por ser una mujer fría, y tiene, por el contrario, un corazón de ángel.

—Creo que nada de eso habría acaecido, si el viejo Zavidovski hubiera dejado sus bienes á nuestro amigo,—dijo Polaniecki, para dar otro giro á la conversación, que para él empezaba á hacerse penosa.

—Es muy posible,—contestó Osnovski,—por más que estoy en la convicción de que los instintos de Lineta la habrían impelido siempre hacia un hombre como Kopovski. La señorita Castelli es demasiado ligera, demasiado superficial para poder enamorarse formalmente de Zavidovski. La vanidad, el amor propio y los miramientos por el decir de la con Ignacio.

gente; esto fué lo que la decidió á comprometerse

Osnovski hizo otra pausa, pero continuó inmediatamente.

—Me imagino muy bien el dolor y la indignación que experimentará la señora Marina; pero lo puedo asegurar á V. que también Anetka ha sufrido mucho y sufre todavía... ¡Y la señora Masko!... Sí, no todas las mujeres son iguales.

Aquí la voz de Osnovski se puso trémula de emoción.

En cambio Polaniecki no podía persuadirse de que un hombre capaz de hacer tan útiles observaciones y de juzgar con tanta rectitud, pudiera tener al mismo tiempo una ingenuidad tan fenomenal.

—¿De modo que no quiere V. hablar con Zavidovski?—preguntó Polaniecki.

Ya lo he dicho á V. no tengo valor. Hoy vuelvo á Pritulov, y luego salimos para el extranjero. Tengo que sacar, ante todo, á mi mujer en primer lugar; por que ella misma me lo ha pedido con lágrimas en los ojos, y en segundo lugar, porque espero que un cambio de aires y de localidad podrá influir favorablemente en su salud. A V. tengo que pedirle todavía otro obsequio. Ya sabe V. cuánto aprecio á Ignacio: escribame V. cómo sobrellevará el golpe que le amenaza.

—Envíeme V. sus señas sucesivas, é iré enterándole de todo,—contestó Polaniecki.—Ya que V. me encomienda la triste misión de enterar á nuestro amigo de todo lo que ha pasado, tenga V. al menos la bondad, de hacermelo, en cierto modo, más fácil. Refiriéndole yo mismo directamente el estado de las cosas, podría abrigar él la duda de

que mi relato no fuera del todo exacto. En semejantes casos, los hombres se agarran hasta á una brizna de paja. A este fin, siéntese V. junto á aquella mesa, y escribale V. una carta refiriéndole todo lo que me ha dicho á mí. Creo que esta carta es absolutamente necesaria; pues de lo contrario sería capaz él de echar á correr en pos de su ex-novia. Mientras V. escribe le dejaré á V. solo.

—Tiene V. razón, perfectamente razón;—contes-
tó Osnovski yendo á sentarse junto al escritorio.

—¡Qué ironía del destino!—pensaba Polaniecki, con el corazón agitado, mientras se paseaba de arriba abajo por la habitación inmediata.—¿Quién es esa Lineta Castelli, con su belleza y con los instintos de una fregona, esa elegida del señor, como la llamó el otro día Vaskovski? ¿Qué son esa señora Bronicz, ese Osnovski con su increíble confianza en su mujer, y esa señora Masko con el corazón de un ángel... Comediantes que representan una comedia ridícula, en la cual el uno engaña al otro o se engaña á sí mismo, nada más que embaucadores y embaucados, nada más que embusteros, ciegos y locos.

Pero de pronto pensó en sí mismo, y se dijo que él era el último que tenía derecho á arrojar la primera piedra contra la señorita Castelli. ¿Era acaso mejor que ellos? ¿Era menos digno de castigo? Aquella había engañado á un hombre por el capricho de un imbécil guapo; y él había engañado á su mujer por una muñeca sin corazón. Esta había seguido los instintos de una fregona, y él los de una bestia, y por último ella había renegado de la palabra empeñada, y él, no solamente había renegado

de la suya, sino también del juramento que tenía prestado. ¿Tenía, pues, el derecho de condenarla? ¿Y si él no tenía facultades para justificarla, y no podía admitir que una mujer semejante llegara á ser la mujer de Zavidovski, ¿con qué derecho había llegado él á ser el marido de Marina? Si quería ser consecuente consigo mismo y juzgarse con él mismo rasero con Lineta, él debiera haberse separado de Marina, porque era indigno de ella. Ahora comprendió claramente que él, parecido á un delincuente rechazado del consorcio humano, había perdido todo derecho á invocar la moral. Finalmente sus pensamientos se dirigieron de nuevo á Zavidovski.

—¿Cómo recibirá la noticia este pobre desgraciado—se preguntó,—¿Cómo podrá sobrellevar su desventura?

Entre tanto Osnovski había terminado su carta y, mientras abría la puerta, dijo:

—He procurado decírselo todo con los miramientos debidos. ¡Qué Dios le dé el valor necesario para soportar los tristes momentos que se le preparan! Ahora tengo que marcharme por que Anetka me aguarda. Adios, ¡ojalá podamos vernos en tiempos mejores! Póngase V. á los pies de su esposa.

Algunos minutos después de haber partido Osnovski, sonó de nuevo la campanilla de la puerta de la escalera. Polaniecki sintió que se le helaba la sangre de las venas, presumiendo que podía ser Zavidovski quien llamaba. Brotó de su pecho un suspiro de desahogo, cuando oyó la voz de Svirski en la antesala, aún cuando, sintiéndose fatigado y rendido, deseaba estar solo. Resolvió contárselo todo á

su amigo. Este, mientras escuchaba el relato, exclamaba de vez en cuando:

—¡Qué desgracia! ¡Dios proteja á ese desdichado! —ó bien; Mal rayo le parta.

Y dominado por la cólera, agitaba sus hercúleos puños.

Polaniecki deseoso de no abandonar á Zaviłovski, rogó á Svirski que acompañara en su lugar á la señora Emilia á Bucinek, y que dijera á Marina que los negocios le obligaban á pasar la noche en Varsovia.

Después fueron los dos juntos á visitar á la señora Emilia, y la hallaron en un estado digno de compasión. El rostro de sor Angela habíase puesto casi transparente, tenía los ojos espantosamente hundidos, y sólo podía andar apoyándose en un bastón. No sufría mucho, y esto los médicos lo consideraban como una señal aciaga.

Cuando Polaniecki le preguntó como se hallaba, ella le contestó:

—No puedo andar, pero no me siento mal.

A pesar de que estaba convencida de que una peregrinación á Lourdes le habría devuelto la salud; no quería separarse de la tumba de Litka. Además, deseaba ardientemente la muerte, aún cuando pensaba que tal vez no le era permitido descuidar de su existencia, y la turbara la idea de que no podía negarse á vivir, porque eso habría equivalido á rechazar un don de Dios.

Conviniéron que á eso de las cinco iría Svirski á buscarla y luego se retiraron los dos con intención de ir á comer; por que el pintor, apesar de la com-

pasión que le inspiraba su amigo Zaviłovski, tenía un hambre atroz.

—Tengo que pedirle á V. otro favor,—le dijo Polaniecki, cuando estuvieron sentados en la mesa del *restaurant*.—¿Quiere V. advertir á la señorita Elena de todo lo que ha sucedido, y rogarle que nada diga á mi mujer?

—Lo haré,—contestó Svirski;—iré expresamente á Yasmien. Si la señorita no me quiere recibir, escribiré en la tarjeta que tengo que participarle algo grave, y si por casualidad quisiera venir aquí yo la acompañaría. ¿No le ha dicho á V. Osnovski si la señorita Ratkovski marcha con ellos ó si se queda en Pritulov?

—No, nada me ha dicho. La señorita Ratkovski vive habitualmente con una vieja parienta suya; pero hallándose enferma la señora Osnovski, podría muy bien ser que la acompañara en su viaje. El corazón de aquella sencilla y honrada niña debe haberse horrorizado de lo que ha sucedido.

—¡Ah, sí!—apoyó Svirski.—A la señorita Ratkovski se la invitó á ir á Pritulov por aquel hermoso estafermo de Kopovski; ahora que éste se ha escapado con otra, no es probable que quiera seguir permaneciendo todavía allí. Pero, ¡por Baco!—exclamó de pronto,—¿sabe V. que es fabuloso eso que pasa? Excepción hecha de la señora Osnovski; todas están enamoradas de aquel hermoso pedazo de asno.

Polaniecki se sonrió irónicamente, é hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Ganas le habían dado de contestar:

—Nó; sin excepción, sin excepción.

Pero no se atrevió á articular esta frase.

—Una obra de Fidias pasaría desapercibida para ellas; pero en presencia de un figurín de periódico de modas, se dejan llevar de su entusiasmo,—prosiguió el pintor.—¿Se acuerda V. de lo que le contesté cuando V. me pidió noticias de la familia Bronicz? Le dije que eran unos canallas sin educación y sin carácter, verdaderos *parvenus* del espíritu, y nada más... Me dan asco; quiero hacer un viaje al extranjero con Zavilovski.

Después que hubieron concluido de comer y se hallaron de nuevo en la calle, Svirski preguntó:

—¿Qué piensa V. hacer ahora?

—Ir en busca de Zavilovski.

—¿Dónde espera V. hallarle?

—Con su padre. Y de no hallarle allí, iré á aguardarle en su casa.

En aquel momento preciso Zavilovski se encaminaba al restaurant. Svirski fué el primero que reparó en él.

—¡Ahí viene!—murmuró.—Yo me voy, porque, bien mirado, sería un testigo inútil.

—Tiene V. razón,—contestó Polaniecki.

Zavilovski había notado también su presencia y apretó el paso para reunirseles más pronto.

—Mi padre está mejor,—dijo.

Y les tendió la mano, riéndose.

—Hoy mismo vuelvo á Pritulov,—añadió.

Svirski le tendió de nuevo la mano, y se alejó sin decir palabra. Sorprendido el joven poeta, le siguió con la vista, y mirando luego á Polaniecki le preguntó:

—¿Habré tal vez ofendido, sin saberlo, al señor Svirski?

Sólo entonces se apercibió del aire triste que tenía el semblante de su amigo.

—¿Qué significa todo esto?—añadió.—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Mi buen Ignacio,—empezó á decir Polaniecki, con acento conmovido y enlazándole el brazo con el suyo.—Yo siempre he admirado en V. no solamente su talento poco común, sino además su extraordinaria fuerza de carácter. Tengo que darle una mala noticia; pero confío que tendrá V. valor suficiente para no dejarse abatir por la desgracia.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—volvió á preguntar Zavilovski con el semblante alterado por la ansiedad.

Polaniecki hizo detener un coche que pasaba.

—Suba V.—dijo á su interlocutor.

Y dirigiéndose al cochero, ordenó:

—¡Al puente!

Después sacó de su cartera la carta de Osnovski y, sin añadir palabra se la entregó á Zavilovski.

Este rompió con viveza el sobre y se puso á leerla.

Polaniecki le pasó un brazo alrededor de la cintura, sin apartar de él los ojos. El estupor, la incredulidad, una especie de aturdimiento, y sobre todo un pesar infinito se retrató en su semblante mientras leía. Se había puesto pálido como la cera: era evidente que comprendía su desgracia, pero sin poderse darse cuenta exacta de ella. Cuando hubo terminado su lectura, miró como atontado á su compañero, y con melancólico acento le dijo:

—¿Es posible?... ¿Ha sido capaz?...

Quitóse el sombrero y se pasó una mano por la frente.

—No sé con exactitud lo que Osnovski ha escrito,—le dijo Polaniecki;—pero de todos modos el hecho culminante es éste, y él no podía tener propósito alguno preconcebido de ocultar la verdad. Tenga V. el valor suficiente para decirse á V. mismo que estas son cosas que no se pueden cambiar. Sería un gran perjuicio para V. y para todos que se dejara abatir por el dolor, por que usted vale mucho más que todos los otros: y existen aún personas que le quieren á V. y le aprecian de todas veras. Comprendo que V. tome esto como una desgracia, y un hermano suyo no podría sentirlo más de lo que lo siento yo. Pero ya está hecha la cosa... Lineta ha partido con su tía: sólo Dios sabe donde están. El señor Osnovski y su esposa han abandonado también Pritulov. Ya me figuro lo que pasa en su interior; pero Dios le ha destinado á V. para grandes cosas, y de seguro que le habrá concedido mayor fuerza de voluntad que á los demás. V. es la lumbrera de este país, y tiene deberes muy especiales para con V. mismo y para con su prójimo. Sé muy bien que es sumamente difícil poder renunciar á lo que se ama sin dejar escapar un lamento, y nadie podrá exigir esto de V. pero á lo menos no se abandone V. á la desesperación, mi buen Ignacio.

Así habló Polaniecki, y sus palabras salían verdaderamente del corazón. Después de una breve pausa, continuó:

—Los hombres tenemos que hacer frente á la suerte adversa, y avanzar confiados hacia el por-

venir, y si tenemos que conducir con nosotros nuestro dolor, éste irá debilitándose cada vez más en nuestra memoria. porque nosotros no vivimos para el pasado.

En esas palabras de Polaniecki había algo de verdad, pero nada tenía que ver con el asunto principal, que era la carta de Osnovski: En aquel momento, ésta era la única que existía en el cerebro de Zavilovski, y lo que Polaniecki decía, estaba desprovisto de sentido para él, y le importaba tan poco como el ruido que producía el puente de hierro por donde á la sazón corría el coche. Lo que pensaba y sentía era infinitamente triste, y experimentaba además la sensación de que nunca más podría reconciliarse con su destino y sobrellevarlo tranquilamente. En ninguna otra cosa podía pensar en aquel momento: ni podía tan siquiera formarse una idea clara de lo que había perdido, no conocía con exactitud la extensión de su dolor, no comprendía aún que las columnas de su vida se habían derrumbado.

No había más que una cosa evidente: que Lineta no le amaba, que le había dejado á él para prometerse con Kopovski.

Llegado á la parte opuesta del puente, el coche tuvo que andar casi al paso, para dejar pasar una manada de bueyes que eran conducidos á la ciudad. Pasaron rozando casi todos los costados del coche, produciendo un confuso rumor con sus pisadas, y lanzando á intervalos prolongados mugidos. Polaniecki seguía hablando, y Zavilovski oía las palabras: «Svirski... extranjero... Italia... arte...» pero no podía darse cuenta de que Svirski tuese el

nombre de un amigo, ni que Polaniecki le proponía un viaje, hablando de Italia y de arte, por que en aquel mismo momento él decía mentalmente á Lineta.

—Sí, puede ser, pero ¿qué será de mí? ¿Cómo has podido olvidar que mi amor no tenía límites?

Y le parecía que si entonces ella hubiese estado presente, tal vez se habría puesto á llorar, apoyándose contra su pecho.

—Estamos fuertemente unidos los dos,—proseguía,—yo soy siempre el mismo, no he cambiado, aún soy tuyo.

De repente un entremecimiento recorrió todo su sér, hincháronse las venas de la frente, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Polaniecki sentía que la emoción le henchía el corazón, y le oprimía la garganta, y abrazó á Zavilovski, mientras éste, cada vez más embebido en sus pensamientos, continuaba:

—Yo no se lo puedo decir, por que no la volveré á ver jamás. Ella ha partido ya con Kopovski, con su novio.

Ante este último pensamiento, comprendió toda su desventura, y comprendió además que si Lineta hubiera muerto, esto habría sido para él una pérdida más pequeña. Comprendía muy bien que debía arrancarla de su corazón, pero sabía igualmente que eso no haría cesar su amor. En el mismo instante en que había concebido la extensión de su dolor, había comprendido que era demasiado fuerte para poder ser soportado.

—Vete á Italia con Svirski,—le dijo de nuevo Polaniecki;—y procura hacerte dueño de tu cora-

zón, amigo mío. Tienes que escucharme. El mundo es grande, y en él hay cosas tan bellas, que vale la pena de que se viva por ellas. El mundo te está abierto, y lo está para tí de un modo especial. Nuevas impresiones distraeran tu dolor y te llevaran alivio al corazón, porque tus pensamientos no podrán mantenerse siempre fijos en un mismo lugar. Svirski te hará ver la Italia; ya verás que compañero tan agradable es y que horizontes tan nuevos sabrá abrir á tu mente enamorada de lo bello. Un hombre como tú, ha de tener la fuerza que tiene la concha de convertirlo todo en perlas. Como verdadero amigo, te aconsejo que partas pronto, muy pronto. ¿Me lo prometes? Si mi mujer puede, con la ayuda de Dios, vencer el peligro de la maternidad, iremos también nosotros esta primavera, á reunirnos contigo en Italia. Ya verás qué hermosos días pasaremos juntos. Quedamos entendidos, ¿eh?

—Sí,—contestó Zavilovski, que sólo había oído las últimas palabras, y que por lo tanto ni sabía de lo que se trataba.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Polaniecki.—Volvamos á la ciudad y pasaremos juntos la velada. Tengo que detenerme dos ó tres horas en Varsovia para mis asuntos, y de consiguiente podré hacerte compañía.

El sol estaba próximo al ocaso. Polaniecki dió orden al cochero de que volviera atrás.

Era el término de un día espléndido, de esos que se ven con frecuencia á fines de verano. Sobre la ciudad se extendía un vapor ligero y dorado. Los techos y los campanarios se destacaban sobre el

fondo azul del cielo, inundados por los últimos rayos del sol que se extinguía.

Los dos amigos permanecieron largo rato silenciosos.

—¿Quieres venir ahora mismo conmigo, ó prefieres ir antes á tu casa?—preguntó Polaniecki, mientras volvían á penetrar á la ciudad.

El movimiento por las calles había despertado de sus sueños á Zavilovski, qui miró á su compañero y contestó tranquilamente:

—Desde ayer no he estado en casa, por que he dormido cerca de mi padre. Podría ser que hubiese cartas para mí.

La suposición de Zavilovski era fundada. Halló, en efecto, una carta de la señora Broniz, fechada en Berlin. Rompió vivamente el sobre y se puso á leerla,

—Hay que suponer que no se le ha desvanecido por completo la esperanza,—pensó Polaniecki mientras observaba el rostro de su amigo, cuya expresión cambiaba sin cesar.

Cuando Zavilovski hubo terminado su lectura, dejó caer la cabeza entre sus manos: al cabo de un instante, la levantó de nuevo y, extendiendo la carta á Polaniecki, le dijo:

—Lee.

Estanislao leyó lo siguiente:

«Sé que V. consideraba sinceros sus sentimientos hacia Lineta, y por lo tanto considerará como una desgracia lo que ha acaecido; pero crea V. que no era cosa tan fácil, ni para V. resolverse al paso definitivo: quizás no habría sabido V. apreciar á Lineta tanto como se merecía; pero de esto no le

hago cargo alguno, por que los hombres no saben apreciar nada. Sin embargo V. debe conocerla lo bastante para saber cuánto le ha costado darle un disgusto: ¿Qué quiere V. hacerle? Dios lo ha querido así y sería un pecado querer oponerse á ello. Nosotros hemos seguido la voz de la conciencia y Lineta es demasiado digna para concederle su mano sin sentir una inclinación formal.

»Si ella se hubiese casado con V. sin amor, ¿cómo habría podido resistir á las tentaciones á que no puede menos que estar expuesta una criatura semejante? V. tiene talento, pero ella únicamente tiene su corazón, y éste se habría destrozado si se le hubiese violentado.

»Si ahora cree V. haber sido engañado, interrogué V. su conciencia y se convencerá de que Lineta no es la más culpable de los dos.

»¡Cuántos dolores le ha proporcionado V. á esta pobrecita! V. la ha esclavizado no permitiéndole seguir los impulsos naturales de su corazón. En su egoismo de hombre, quería V. sacrificar su felicidad y hasta su vida; por que yo estoy en la convicción de que, en tales circunstancias, ni un año habría podido vivir.

»Dignese perdonarle á V. el Omnipotente como nosotras dos le perdonamos, y sepa V. que hoy rogaremos por V. y que hemos hecho celebrar una misa en San Luis para la salvación de V.

»Hagame V. el favor de mandar á Pritulov la sortija de Lineta; le será restituída por la señorita Ratkovski, porque los señores Osnovski están de viaje. Reitero mis votos para que Dios le perdone y le conserve bajo su santa devoción.»

—¡Pero es eso inaudito, monstruoso!—prorrumpió Polaniecki.

—Jamás habría creído que se pudiera falsear de tal manera la verdad y el amor,—dijo tristemente Zavirovski.

—Oye, Ignacio,—repuso Polaniecki, empleando involuntariamente el tuteo confidencial.—Aquí no se trata solamente de tu infelicidad, sino hasta de tu dignidad. Por eso no tienes que darlas á entender que estás apesadumbrado.

El joven poeta no contestó, lo cual dió lugar á que reinara un prolongado silencio. Por último, Polaniecki, que no podía sacarse de la cabeza la carta de la señora Bronicz, repuso de pronto:

—Una monstruosidad semejante supera á toda idea. Svirski vuelve hoy mismo de Bucinek y pasará la velada en mi casa. Ven á acompañarnos también tú y hablaremos de vuestro próximo viaje.

—No,—contestó Zavirovski,—quiero volver con mi padre. Mañana por la mañana iré sin falta á tu casa.

En estas palabras se dejaba adivinar el deseo que tenía el joven de quedar solo. Polaniecki aprobó la idea de su amigo, de pasar la noche con su padre, con la esperanza de que los cuidados que tendría que dispensar al enfermo le distraerían, y que la fatiga y el sueño acabarían por imponérsele; pero decidió acompañarle hasta la casa de salud.

Separáronse frente á la puerta. Zavirovski no hizo lo que había dicho; después de haberse enterado de cómo seguía su padre, regresó inmediatamente á su casa. Encendió la luz, volvió á leer la carta de la señora Bronicz, y ocultó la cabeza entre

las manos, abismándose en profundos pensamientos. A pesar de la carta de Osnovski y de las palabras de Polaniecki, no había podido deshacerse hasta entonces de una especie de incertidumbre y de una secreta esperanza, y le parecía estar siendo víctima de una pesadilla, pero la carta de la señora Bronicz le había hecho ver completamente claro. Lineta estaba ya perdida para él; para él ya no había que esperar en un porvenir dichoso; para él la felicidad había desaparecido para siempre. Kopovski había sido preferido, y á él se le había sacrificado sin consideración alguna, pisoteándosele como á un insecto venenoso, y condenándosele á una eterna soledad. Pensó en la fiesta del día en que se habían prometido, y recordó que ella se había estremecido entre sus brazos cuando él la dió las buenas noches.

—En este momento se estremece quizás en los brazos de Kopovski,—se dijo á sí mismo.

Y ante este pensamiento tuvo que apretar con sus dientes el pañuelo, para no dejar escapar un grito de cólera y de dolor. Cogió luego de nuevo la carta, como si esperara encontrar en ella la solución del enigma, y la leyó de nuevo.

—Pero ¿es posible?—se preguntó luego á sí mismo,—¿En qué he faltado?

De pronto sintió que sus ideas se confundían, que ya no sabía distinguir la verdad de la mentira, el bien del mal, lo justo de lo injusto. Con Lineta se había perdido á sí propio, no hallaba punto alguno sólido donde apoyar los piés; la inteligencia, la conciencia y la existencia se le escapaban., Sabía aún, que amaba á Lineta más que á la vida,

y que jamás había deseado su daño; más todo el resto estaba destruído en él por el peso de la desdicha.

Largo rató permaneció sentado en el silencio, y habíase consumido ya la mitad de la vela, cuando despertó él de aquel sueño. Entonces acaeció en él algo extraño, algo extraordinario. Parecíale como si se hallara en una nave, y que abandonaba la tierra firme, y experimentaba la singular sensación de que no era él, sino la orilla la que se alejaba, transportando su sér, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, y hasta su amor, y hasta su Lineta. Todos los dolores, todos los martirios que había sufrido se le aparecían ahora como algo raro, infinito, que pertenecía definitivamente á aquella costa, que cuanto más se alejaba, tanto más pequeña se volvía, tomando cada vez más el aspecto de un sueño, el aspecto de un fantasma. Y entretanto, la veía alejarse, con la idea de que nunca más podría volver á aquella tierra extranjera, porque él no quería volver á ella, porque todo lo que de él había quedado, pertenecía á otro mundo, que se le abría ahora para acogerlo en su misteriosa é infinita extensión.

LVI

Cuatro días más tarde (era el día de la festividad de la Asunción de María) era el cumple años de la señora Polaniecki, y con tal motivo Bigiel, su mujer y Svirski habían ido á Bucinek. No hallaron á Marina en casa, porque había ido á oír misa con la señora Emilia. Cuando lo supo la señora Bigiel, fué también allá con todos sus hijos, dejando solos

a los hombres, ocupados en hablar del suceso que había conmovido toda la ciudad, es á saber, el conato de suicidio del poeta Zaviłowski.

—Hoy he estado tres veces en su casa,—decía Bigiel;—pero la servidumbre no me ha dejado pasar, porque había orden de no permitir la entrada más que á los médicos.

—Y á mí,—dijo Polaniecki.—Únicamente hoy no lo he podido ver, pero antes no he dejado pasar un día sin pasar algunas horas con él. A mi mujer le decía que me veía en la precisión de estar en la oficina para asuntos del negocio.

—¿Pero cómo ha sucedido esta desgracia?—preguntó Bigiel.

—Ha sucedido así,—contestó Polaniecki.—Ignacio me había hecho creer que iba á la casa de salud para pasar la noche con su padre, yo me alegraba de ello, porque eso habría servido para distraerle de sus pensamientos. Le acompañé hasta la puerta, prometiéndome él que á la mañana siguiente vendría á mi casa. Después he sabido que todo eso no había sido más que una maniobra suya para librarse de mí, y poder alojarse una bala en el cerebro sin que nadie le estorbara.

—¿No has sido tú el primero en enterarte del suicidio?

—Nó. Fué una verdadera fortuna que la señorita Elena se encontrara en Varsovia, á donde había llegado á consecuencia de la noticia de la ruptura del casamiento de su primo.

—Lo supo por mí,—dijo Svirski;—y recuerdo que lo sintió muchísimo.

—Dónde y cómo acaeció la desgracia, todavía